

“Democrackzia”

La disputa del significante en tiempos neoliberales

SECUL GIUSTI, CRISTIAN (CILE-FPyCS- UNLP)

cristiansecul@gmail.com

DIAZ, CECILIA BEATRIZ (Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales- UNLaM)

diaz.ceciliab@gmail.com

Resumen



A partir del debate público en torno a la etiqueta de “nueva derecha” para explicar la legitimidad democrática del gobierno de Cambiemos, nos proponemos pensar: ¿cuál es la particularidad de los recientes gobiernos de derecha elegidos por la voluntad popular? ¿Cómo se erosiona la potencialidad de la democracia? ¿Para qué pueblo gobierna?

Desde este plano, consideramos que Cambiemos puede entenderse en una clave de democracia neoliberal que se presenta como una Democrackzia, ya que vacía de sentido las nociones fundamentales de ese término -tales como la igualdad y la libertad, por aludir a dos conceptos asociados- y las sitúa en una apropiación compleja para el campo nacional y popular.

Esta Democrackzia funciona con un demos que toma forma de mayoría electoral, pero no logra ser un pueblo. Fuera del periodo de campaña se vuelve un conjunto de perfiles de consumidores sensibles a las imágenes mediáticas y a las narrativas sensacionalistas. La incapacidad de pensarse como colectivo desencadenan la ruptura de un demos, solo susceptible de entenderse mediante estudios de mercado. Así la fragmentación y la exclusión se vuelven sentidos asociados a la democracia neoliberal.

Palabras clave: Democracia, Neoliberalismo, Pueblo, Gobierno, Significantes políticos.

“Democrackzia” La disputa del significante en tiempos neoliberales

La democracia, entre la forma y el contenido

En las nociones sobre la democracia que subyacen en los usos cotidianos, habitan múltiples tradiciones teóricas que históricamente han intentado suturar y de ese modo, objetivar el sistema político como un modo de vida a partir de un orden institucional. Sin embargo, desde sus primeras enunciaciones en la Antigua Grecia, la democracia fue pensada como

un término relacional con otros significantes tales como oligarquía, tiranía, demagogia, etc. y con la tensión entre libertad e igualdad.

La democracia, etimológicamente definida como el “gobierno del pueblo”, no posee un significado único y perdurable, sino que es un concepto histórico y relacional. Gran parte de las dificultades para su abordaje se originan precisamente en pretender suturar su sentido y no atender a que, en sus inicios, la palabra intentaba diferenciarse de la aristocracia y la monarquía.

Existe una vasta bibliografía sobre la diversidad de conceptualizaciones, categorizaciones y clasificaciones de la democracia (O’Donnel, 2000; Held, 2006; Rancière, 2012; Nun, 2015), entre las cuales distinguimos tres principales corrientes: a) la liberal: condensa instituciones cuyos orígenes se remontan a la Grecia antigua, el republicanismo clásico europeo, el liberalismo y la construcción del gobierno representativo (Dahl, 1956); b) la participativa, deliberativa o consensual: reivindica el ejercicio democrático como un mecanismo de contrapoder ante los peligros del Estado sobre el individuo, ya propuesto por el liberalismo (Pateman, 1970, Macpherson, 1977; Barber, 1984), e incluye la participación en los lugares de trabajo y la comunidad local (Pateman, 1970; Macpherson, 1977); y c) la radical: le discute a la forma deliberativa la exclusión de colectivos y su énfasis en la búsqueda de consensos, haciendo hincapié en el carácter ineludible y productivo del conflicto social (Laclau y Mouffe, 1985; Mouffe, 1999).

Como sistema político dominante y asociado a la hegemonía de los EEUU, la democracia se consolida en Occidente al final de la Guerra Fría, la caída del muro de Berlín. Sin embargo, tal como señalan autores críticos, a nivel conceptual ello no implica que se haya generado un sentido unívoco sino más bien su “vacuidad” (Brown, 2010: 53; Laclau, 2014: 31) en el marco de las disputas por su resignificación. En esta línea, Rinesi (2013) señala para el caso argentino, que lo largo de cuatro décadas desde el final de la dictadura cívico-militar al 2013, se produjeron cuatro dislocaciones en los sentidos de “la democracia”: 1) en los 80’, marcada por la concepción de ésta como “utopía de la plena realización de la libertad o de las libertades” (Rinesi, 2013: 8); 2) en los 90’: se volvió “rutina” en torno a lo institucional; 3) en el comienzo del nuevo siglo y a partir de la crisis del 2001, se vive como un “espasmo” y como síntoma; y 4) a partir del 2010, es entendida como “democratización” en tanto proceso de universalización y realización de un conjunto más amplio de derechos.

En efecto, el derrotero del sentido sobre la democracia está signado por las transformaciones sobre el alcance de la igualdad y la libertad en las coyunturas sociales y políticas particulares. Esto evidencia lo que Jacques Derrida (1994) explica sobre la “iterabilidad” de los términos: la repetición de “democracia” da cuenta de esa democracia por venir ya que es la ausencia en plenitud de su significado permanente. Por ende, la lectura sobre el contexto se vuelve un complemento a su sentido, aunque nunca de manera permanente.

Al respecto, desde la corriente de la democracia radical, Ernesto Laclau (2014) observa que la proliferación de significados atribuidos al significante democracia lo vacía en un proceso que va de la flotación a la vacuidad. Su indefinición está dada por las cadenas discursivas opuestas en las que se articula y que en el interior de esa lógica funcione como equivalente entre sus componentes.

La democracia en crack

Ante la discusión del carácter democrático del gobierno de Cambiemos surgen diferentes posturas que ubican a este espacio político en zonas de derecha, “nueva derecha” y hasta de “centro derecha gradualista”. En estos términos, su linaje conservador, patronal, empresarial y reaccionario coloca en crisis la posibilidad de hablar de una democracia plural e inclusiva.

Desde este plano, es posible pensar al macrismo en una clave de democracia neoliberal que se presenta como una *Democrackzia* que vacía de sentido las nociones fundamentales de ese término -tales como la igualdad y la libertad, por aludir a dos conceptos asociados- y las sitúa en una apropiación tramposa para el campo nacional y popular.

Por tanto, en esta disputa, el anarcocapitalismo financiero lleva un margen de distancia en presentar a la democracia como un sentido suturado donde la libertad económica ocluye la igualdad.

La democracia neoliberal celebrada por Cambiemos y Juntos por el Cambio (durante la campaña presidencial de 2019) tiende a trastocar el sentido del Estado-Nación y lo integra a un universo corporativo-empresarial cuyas instancias configuran subjetividades. Así, lo vuelve parte de una maquinaria que instala las lógicas de competencia, meritocracia y existencialismo que constituye el estar en sociedad como una imagen netamente mercantilizada.

Por la dinámica de la mediatización, las prácticas de consumo potenciadas por la administración de Mauricio Macri se asocia a un modo *millennial* de entender el mundo a partir de la experiencia sensorial. Esto implica otro tipo de razonamiento centrado en el bienestar individual, donde cualquier problema es toxicidad y la promesa de un mundo mejor llegará cuando cada uno aporte su grano de arena.

En esta superficie cognitiva y sensorial se imprime la propuesta de razón neoliberal macrista, donde lo político, la política y hasta los propios funcionarios representan una discursividad laxa y de celebrada liquidez. El énfasis en el lenguaje tecnológico, la narración breve, la creencia momentánea, la memoria snapchat y la confianza en el mercado habilita un camino de pensamiento político no histórico, pretendidamente individual y de aspecto celebratorio que encubre una nueva faceta del neoliberalismo.

La alianza Cambiemos, desde su discurso de novedad y “política Siglo XXI”, se sirvió de esa memoria para venderse como un espacio con trayectoria inédita, aireada y cubierta por renovadas capas. A partir de ese combo, forjó un discurso que tuvo como referencia a la inmediatez de la comunicación y el impacto correspondiente de las declaraciones: rimbombantes, enlazadas con eslóganes y con una mirada quirúrgica sobre la brevedad de los discursos.

La estrategia también apeló a un vacío de contenido en términos de luchas sociales como, por ejemplo, el debate por la despenalización del aborto, la equiparación salarial entre hombres y mujeres o el sueldo de los sacerdotes, entre otros. La mera inclusión de estas disputas históricas en la agenda postula un doble juego: se acopla como “bandera”, pero también se lo integra en un universo de expresión fragmentada y con un desequilibrio de fuerzas peligroso.

Es que ya no importan los hechos, sino una creencia sobre la promesa de futuro que ya no tiene plazos, sino que se vuelve un presente irresoluble. En los tiempos instantáneos y urgentes de las redes sociales, los trolls y figuras alineadas al macrismo son las voces encargadas de vociferar el racismo de clase, como un alambrado electrificado de los límites del discurso social.

¿Y si éste no es pueblo?

La filósofa Wendy Brown explica que el neoliberalismo ha transformado a los principios de democracia, política y justicia en parámetros economicistas. Así, tanto la ciudadanía democrática como la soberanía popular se hallan en una trama difusa y corrida de eje. El neoliberalismo puntualiza en los aspectos financieros e individualistas, en pos de concretar un orden solidificado en un consenso artificial entre sujetos moldeados por el discurso positivo y los mecanismos eficientes:

Mi argumento no es sólo que los mercados y el dinero corrompan o degraden la democracia, que las finanzas y el capital corporativo dominen cada vez más las instituciones y los políticos, o que la plutocracia (el gobierno de los ricos y para ellos) esté reemplazando a la democracia. Por el contrario, la razón neoliberal, que actualmente es ubicua en el arte de gobernar y en el lugar de trabajo, en la jurisprudencia, la educación, la cultura y en una amplia gama de actividades cotidianas, está convirtiendo el carácter claramente político, el significado y la operación de los elementos constitutivos de la democracia en algo económico (Brown, 2016).

Ahora bien, ¿cuál es la particularidad de los gobiernos de derecha latinoamericanos elegidos por la voluntad popular? ¿Cómo se erosiona la potencialidad de la democracia? ¿Para qué pueblo gobierna?

Esta *Democrackzia* funciona con un demos que toma forma de mayoría electoral, pero logra ser un pueblo. Fuera del periodo de campaña se vuelve un conjunto de perfiles de consumidores sensibles a las imágenes mediáticas y a las narrativas sensacionalistas. La incapacidad de pensarse como colectivo desencadenan un demos cortado, fragmentado y solo susceptible de entenderse mediante estudios de mercado.

En consecuencia, la mercantilización trastoca el papel de la ciudadanía y empuja para que se la piense como “capital humano”, vinculado al consumo, la lógica de públicos cautivos, el pensamiento clientelar y el contrato económico. Sin embargo, la política -o simplemente la pregunta por el bien común- no puede ser medida en rendimientos o procesos porque tal ilusión supone un orden impuesto que pretende adueñarse del devenir.

Esto implica la irradicabilidad del conflicto que el neoliberalismo promete anestesiarse con espiritualidad, promesas de realización a corto plazo -que no llegan- y un sistema de recompensas morales -represión y todo tipo de penalidades sobre intentos de transgresión al orden- que también establecen los límites a la amenaza de lo heterogéneo.

A esto se suma el valor de la transparencia de lo público como ideal político que incentiva la desconfianza con el otro y delega en el individuo el deber de “aportar con su granito de arena” para el bien de todos, con sus gestos y comportamientos. Sin ir más lejos, por este motivo resulta más que significativo el ya consagrado slogan “en todo estás vos” del gobierno porteño. A partir de ahí, es posible distinguir que el neoliberalismo, en su trama y disposición político, económica y social, busca eliminar la noción de “demos” de la propia democracia.

Crisis y shock

La noción de crack integra una consideración incierta de quiebre, vértigo y urgencia ligada a una estética financiera y hasta bursátil. En esa escena, la democracia se reduce a las proporciones brindadas por el mercado y su cuidado acumulador. En ella, los ciudadanos son incorporados como individuos en serie, enlazados con una estética de oferta y demanda. Así, se consolida la ruptura de los lazos comunitarios que teje el Estado en sus servicios, por ejemplo. De este modo, el ciudadano es considerado como un producto configurable y destacado, según un deber moral patrocinado por el mercado o por su propio destino contextual de vida.

En ese cierre del pacto solidario, el crack de lo común y lo certero se presenta en forma de shock. Tal como lo indica Naomi Klein, se vuelve una verdadera doctrina apoyada en situaciones traumáticas tales como un atentado, una guerra, catástrofe natural o el develamiento de un escándalo que tiende a difuminar las diferencias para erigir el consenso.

A la luz de esta doctrina, los últimos treinta y cinco años adquieren un aspecto singular y muy distinto del que nos han contado. Algunas de las violaciones de derechos humanos más despreciables de este siglo, que hasta ahora se consideraban actos de sadismo fruto de regímenes antidemocráticos, fueron de hecho un intento deliberado de aterrorizar al pueblo, y se articularon activamente para preparar el terreno e introducir las «reformas» radicales que habrían de traer ese ansiado libre mercado (Klein, 2007, p. 13).

En esta operación, el neoliberalismo aplica su paquete de medidas en nombre del diálogo, el fin de la confrontación y la eficiencia frente a la lentitud del aparato burocrático estatal. En la ruptura y en la fragmentación, reina la incertidumbre y el “sálvese quien pueda”.

En su avance, Cambiemos instaló el rigor de un capitalismo financiero que subyuga a la ciudadanía en pos de un número de tarjeta de crédito, y la inclusión se traduce en poder ser endeudado. No es una lucha del Estado por proteger a sus ciudadanos de una instancia de opresión, sino liberar al mercado para condicionar subjetividades a través de los intereses y el acceso al crédito.

La tan aclamada inclusión financiera por la vulnerabilidad de los sectores a los que se dirige puede redundar en un ciclo indefinido de endeudamiento que confisca esos ingresos. De tal forma que aquellos mecanismos redistributivos del Estado de la seguridad social resultan, justamente, capitales seguros para los bancos y agentes financieros. Y en los ámbitos de negociación, los ciudadanos no están vinculados con el Estado, sino con el mercado que analiza algoritmos e índices de confiabilidad morosa.

Estos cambios alteran la configuración subjetiva porque las acciones se vuelven irresponsables ante el condicionamiento de la deuda, hay una extrema individualización que impide la organización política y, por ende, coloca en crisis los andamiajes de la democracia. El modo de estar en lo público se experimenta en el home banking. La mirada “Black Mirror” no resulta un espejismo, sino apenas un adelanto de la deshumanización que provoca el totalitarismo financiero.

La racionalidad de la razia

En la transformación del sentido, ya no solo las palabras son permutadas, sino también las instituciones. Por esta razón, el Estado se vuelve un obturador de conquistas populares y simulacro en la mantención de derechos. La imposición de dicho orden se genera a partir de la amplificación mediática hegemónica -amalgamada con el ideario neoliberal-; al tiempo que la preservación de datos que relevan comportamientos de la ciudadanía y la proliferación de discursos políticos se ligán con una idea publicitaria del sentido común.

En este escenario, el término razia incluye una lógica de ataque constante -que opera en

diferentes niveles- para imponer una lógica neoliberal o contener, a partir de las represiones diversas, cualquier punto de fuga generado por el ordenamiento del neoliberalismo.

Los mensajes disruptivos propiciados como el develamiento de conductas o pensamientos inmorales en las imágenes, videos y audios de producción privada adoctrinan y laceran la legitimidad de esas voces. En el mismo sentido son vilipendiadas las formas de organización colectiva acusadas de turbiedad o de intereses ocultos. Así, el extremo de la proscripción política y los procesos judiciales juegan a la razia se sostiene para alcanzar una cierta pureza o limpieza del sistema democrático.

La noción de razia corre a los márgenes -o deja que se ahogue en los ríos del olvido- aquello que es considerado disruptivo. Es decir, el fascismo se lanza sin contención como parte del sentido común que ignora, excluye, niega y mata.

Desde este plano, la construcción del miedo radicaliza la desconfianza y resalta la figura de un discurso de transparencia y honestidad que tiene la potestad de conducirnos sobre los mares del mal. El uso del poder de fuego necesita la luz de los medios de comunicación para finalmente adoctrinar. Las cámaras acompañan y transitan el camino del avance policial. No son los ojos de los ciudadanos reprimidos, sino quienes constituyen el camino de los verdugos y los supuestos combatientes de ese miedo que se busca perpetrar desde sectores que se encuentran en las antípodas del pensamiento neoliberal. Desde allí, la perspectiva es agresiva y se posiciona desde un lugar de ataque y de protección de un nosotros que mira la tele y consume las imágenes de los medios en redes sociales.

El hecho de pensar en una “derecha democrática” sin cuestionar la construcción neoliberal sobre las instituciones es relativizar su lógica de exclusión y explotación de los últimos lazos comunitarios. Cabe reflexionar sobre este aspecto y evitar repetir una idea que profundiza aún más una idea de simulacro y postura “democrática”.

Consideraciones finales

En suma, los desafíos del abanico de las fuerzas nacionales y populares, progresistas y de izquierda no solo radican en la denuncia y el señalamiento de las políticas neoliberales sino en construir un horizonte colectivo democrático que dialogue con los sueños de una clase media imaginada, antes de esperar que la exclusión evidencie los bordes vulnerables de la sociedad.

Si la idea es sumar votantes, fisurar el discurso de Cambiemos y provocar un cambio de timón, es necesario postular un horizonte de recuperación política y proponer un discurso de futuro -de salida próxima-. Por tanto, el relato se debe hacer desde la novedad y la apuesta planificada -aunque hayan sido iniciativas políticas realizadas previamente-. Se trata de

constituir una narración, de apelar a un nuevo modo de explicación que, con más celeridad y abreviatura, construya una posibilidad de refundación, contemplando las coordenadas de esa desmemoria intempestiva y vitalizada que transita el panorama político en esta época.

Referencias bibliográficas

- Barber, B. (1984). *Strong democracy, participatory politics for a new age*. Berkeley: University of California Press.
- Brown, W. (2010). Hoy en día, somos todos demócratas. En G. Agamben, A. Badiou, D. Bensaïd, W. Brown, J.-N. Nancy, J. Rancière, . . . S. Zizek, *Democracia, ¿en qué estado?* (págs. 53-66). Buenos Aires: Prometeo.
- Brown, W. (2016) *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Madrid: Malpaso.
- Dahl, R. (1956). *Prefacio a la teoría democrática*. México: Gernika, 1987.
- Derrida, J. (1994). "Firma, acontecimiento, contexto". En J. Derrida, *Márgenes de la Filosofía* (págs. 347-372). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Held, D. (2006). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. (2014). Los fundamentos retóricos de la sociedad. Buenos Aires: Fondo de Cultura económica.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Macpherson, C. B. (1977). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza, 2009.
- Nun, J. (2015). *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- O'Donnel, G. (2000). Teoría democrática y política comparada. Desarrollo económico Vol. 39, N° 156, enero-marzo, 2000.
- O'Donnell, G. (2007). Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas. En C. Acuña, & (Comp.), *Lecturas sobre el Estado y las políticas públicas. Retomando el debate de ayer para fortalecer el actual* (págs. 79-100). Buenos Aires: Proyecto de Modernización del Estado. Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación.
- Pateman, C. (1970). *Participation and democratic theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rancière, J. (2012). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrurtu editores.

Rinesi, E. (2013). Tres décadas de democracia (1983-2013). *Voces en el Fénix* N°31, 6-13.